



EDITORIAL

MORAL Y POLITICA INTERNACIONAL

Por esos caprichos que tiene la Historia, parece que la Humanidad ha oscilado, a lo largo de ella, como un péndulo entre los conceptos puros de La República de Platón y los consejos oscuros de Maquiavelo, dentro de la difícil tarea de gobierno de los pueblos.

Más que auténticos escrúpulos a maniobras y procederes deshonestos, han sido conveniencias del momento, las que han planteado el dilema de hasta dónde impera la moral en materia política o si ésta resulta totalmente ajena a aquella. Cuando ha convenido, se ha reconocido la presencia imprescindible de la moral en el quehacer público del gobernante y para ello se ha puesto de manifiesto lo grotesco del fin como factor justificador de los medios que le han hecho accesible.

El avance de la ciencia en todos sus campos y entre ellos el de las comunicaciones, ha hecho de este mundo ya interdependiente en su economía, una gran familia cuyas vicisitudes nos conciernen en fin de cuentas a todos. De este modo, la continua guerra por una hegemonía entre los grandes bloques, manifestada en forma de erupciones alérgicas en puntos estratégicos sobre la faz de la tierra, no puede reducirse a conflictos particulares de tal o cual región, sino que constituye en realidad una pesadilla común que no puede dejar indiferente a ningún ser pensante de este mundo. Como una modalidad del mal crónico, aparecen los regímenes represivos que sin necesidad de esgrimir como tesis oficial la razón de Estado, desprecian el valor de la persona humana pisoteando sus derechos fundamentales.

Es entonces cuando brillantes razonamientos de apología a la moral como elemento dignificante de una política auténticamente humana, se eclipsan de improviso, y en este caprichoso oscilar de las convenciones de los hombres, resultan conceptos sepultados por la misma Historia. Vemos así desfilar tesis como las de la soberanía a ultranza, mientras se proclama total independencia entre lo que es política y lo que es moral. Se habla de una *realpolitik*; la paz se apuntala con teledirigidos, y se la cimenta en el equilibrio del terror. La felicidad humana se cuantifica.

Como elemento culminante de este drama histórico, se hace presente con la impertinencia de paradoja, una aventura de ingenuos ideales para unos, o insolentes pretensiones para otros, que trata de rescatar la dignidad al accionar político. Trata de rescatar el respeto a los derechos connaturales de la persona, razón y meta que redime el esfuerzo del Hombre. Ante este nuevo estilo de política internacional, tiros y troyanos han lanzado un grito de protesta. Tanto los militantes del estatismo, como aquellas democracias "occidentales y cristianas" reclaman para sí la exclusividad en la resolución de sus problemas internos; entre éstos el que ellos mismos han creado al tratar de desconocer los derechos fundamentales de su elemento constitutivo más valioso: el ser humano.

Tal parece ser que unos y otros resultan ciertamente extraños a la naturaleza misma de los postulados excelsos que aseguran animarlos.

Quito, octubre de 1978